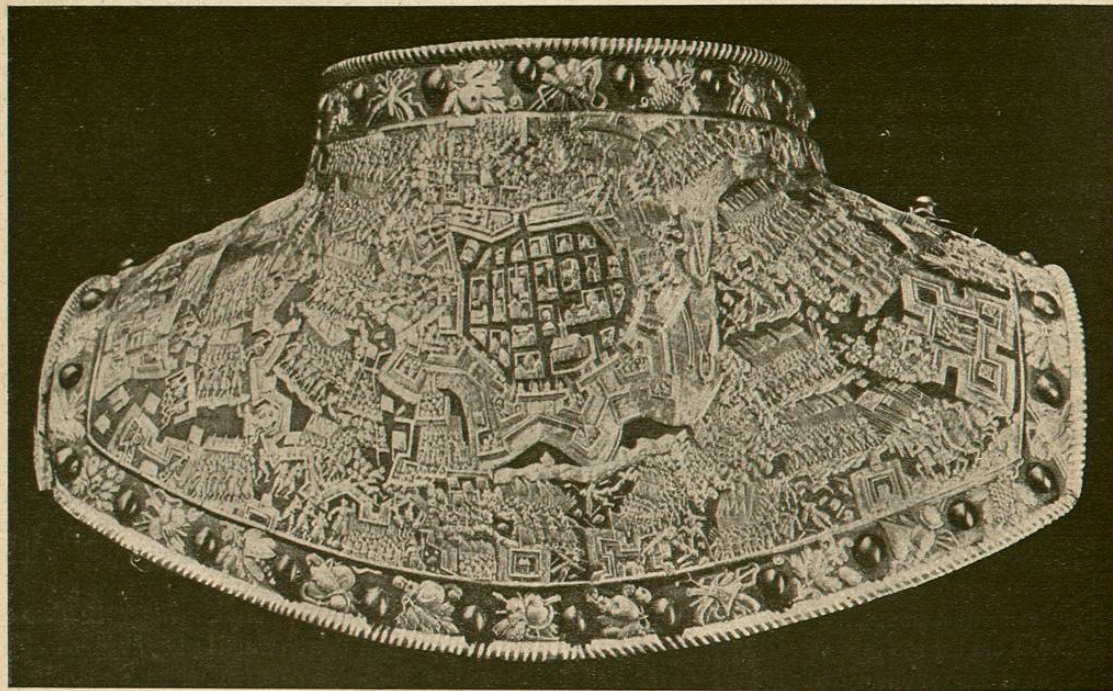


gobierno inglés tenía la costumbre de no conservar en ella, desde el otoño hasta la primavera, más que una guarnición de unos pocos centenares de hombres.

Guisa comenzó los preparativos desde principios de noviembre y los dirigió con el método, el cuidado minucioso y la actividad razonada de que había dado pruebas en Metz y que eran los rasgos característicos de su talento militar. Monluc se ha burlado de su costumbre de escribir todas sus órdenes y de no querer fiarse de ningún secretario; pero esta minuciosidad contribuía á la mayor claridad de aquéllas y evitaba las

lais y de Guines fueron, en su mayoría, expulsados y enviados á Inglaterra.

El mismo misterio en que habían estado envueltas las operaciones preliminares, la rapidez de la ejecución, una guerra tan difícil sostenida en pleno invierno y sobre todo el éxito brillante que borraba de la historia dos siglos de recuerdos humillantes para Francia, hicieron de Guisa el héroe nacional y popular. Metz significaba el engrandecimiento de la patria; Calais, su reconstrucción; y ambos nombres contrarrestaban gloriosamente el de San Quintín.



La plaza de San Quintín. (Parte posterior de la gorguera de Felipe II de España, reproducida en la lámina adjunta.)

malas inteligencias, y gracias á ella pudo la expedición á Calais ser ejecutada con una precisión casi geométrica. El día 31 de noviembre de 1557 todas las fuerzas convergieron en la ciudad, cuyo gobernador, lord Wentworth, sospechando desde hacía algún tiempo los proyectos de Guisa, había prevenido á María Tudor, sin que ésta hiciera ningún caso de sus advertencias.

1558 El 1.º de enero fué tomado el fuerte Nieullay, y el de Risbank cercado y ocupado; entonces se instalaron contra la ciudadela doce cañones que habían sido llevados allí desde Boloña por mar y que sólo podían ser utilizados en las horas de baja mar, puesto que en las demás las aguas los cubrían. El día 4 de enero los franceses se apoderaron de la ciudadela, y lord Wentworth, que sólo contaba ya con 500 hombres, se rindió el día 6. El duque se dirigió inmediatamente contra Guines, plaza cuyo mando tenía lord Grey. El armamento, preparado á última hora por María Tudor, no pudo salir de los puertos ingleses á causa de los vientos contrarios y poco después fué dispersado por una tempestad. Guisa entraba en la ciudad el día 8 y en seguida dirigió contra la ciudadela 35 piezas de artillería 12 y compañías de infantes; y aunque lord Grey estaba resuelto á resistir á todo trance, sus soldados le hicieron traición y capitularon. Los habitantes de Ca-

Ni el duque ni su hermano eran hombres capaces de interrumpir el curso de su fortuna; así es que Francisco reanudó ya en el mes de mayo la campaña, apoderándose de Thionville, que se consideraba inexpugnable. El rey fué á su campamento tan sólo para consagrar su gloria, tanto más brillante cuanto que el mariscal de Termes, después de haber tomado Dunkerque, se dejó derrotar en Gravelines.

El rey, que había tenido grandes apuros pecuniarios, para encontrar recursos convocó, no unos Estados generales, sino una asamblea de notables, á la que fueron llamados los primeros presidentes de los parlamentos del reino, quienes formaron un cuerpo intermedio entre la nobleza y el Tercer Estado. Los notables se reunieron el 7 de enero en la sala de San Luis del Palacio de Justicia, y el día 8 los diputados de las ciudades supieron que el rey pedía tres millones de escudos de oro, que debían prestarle tres mil personas notables; y aunque protestaron contra una medida que les parecía inquisitorial, solamente lograron que se dejara á las ciudades el cuidado de proporcionar al rey una parte de los tres millones pedidos. Y en el momento en que se disponían á formular sus quejas, la noticia de la toma de Calais acalló las discusiones, juntando á todos en un arranque de entusiasmo, y los re-



ATAQUE Y TOMA DE LA PLAZA DE SAN QUINTÍN
(Gorguera de Felipe II de España, existente en la Armería de Madrid)

presentantes del Tercer Estado prometieron dos millones «para el servicio del país.»

IV.—*Tratado de Cateau-Cambresis* (1)

No obstante todos estos hechos, las dos partes beligerantes pensaban en la paz. Guisa y su hermano, antes de reanudar la campaña de mayo, habían ido á Marcoing, en donde se habían encontrado con Granvela y en aquella entrevista se trató, al parecer, de la lucha contra los herejes; cuando menos, Granvela denunció al cardenal las simpatías que de Anelot sentía por la Reforma.

Montmorency, desde su prisión, recogió estas tramas, todavía insignificantes, y trató de reunir las en sus manos.

Las primeras negociaciones para la paz fueron entabladas en septiembre por el condestable y por Saint-André, como él prisionero, y continuaron oficiosamente durante cerca de un mes, hasta que al fin, en 8 de octubre de 1558, fueron designados por ambas partes los plenipotenciarios: Montmorency, Saint-André y el cardenal de Lorena, por Francia, y por España, el duque de Alba, Guillermo de Nassau y Granvela. Reunidos en Cercamp, firmaron en 17 de octubre una tregua, abordando luego la cuestión de la paz. Los embajadores ingleses llegaron el 21 de octubre (2).

Las principales cuestiones que habían de resolverse eran las de la Lorena, del Piamonte y de Calais. De lo de Metz, Toul y Verdún sólo se trató incidentalmente, á pesar de haber intentado Fernando intervenir en aquellas negociaciones; y los embajadores del rey de España prescindieron muy pronto de las reivindicaciones germánicas. «En cuanto á la restitución de las ciudades de Metz, Toul y Verdún, escribía Granvela, ya hemos hablado algo de ella en Lille y creo que mis colegas estarán conformes en que se vuelva á tratar de este asunto, si es que se ha dado curso á la negociación, aun cuando nada se obtenga.» Esto equivalía á decir, en buenas palabras, que sólo se procedía por cuestión de forma.

Fernando buscaba un apoyo en la Dieta reunida entonces en Augsburgo, diciendo que los sacrificios ya consentidos por los embajadores franceses en el curso de las negociaciones demostraban que la situación del rey de Francia era difícil, y añadiendo que Francia, después de haber renunciado á Italia, como iba á hacerlo, podría dirigir sus esfuerzos hacia el lado del Rin. El gobierno de Enrique II abrigó por un momento al-

(1) A. de Rouble, *Le traité de Cateau-Cambresis* (se ocupa especialmente de la ejecución del tratado), 1889.

(2) La cuestión de los prisioneros y de los rescates preocupaba á los soberanos y á los diplomáticos tanto, por lo menos, como las más importantes cuestiones políticas. Sobre este particular tenemos una porción de ordenanzas de Felipe II, quien en muchas ocasiones se cuidó personalmente de fijar las cantidades y sobre todo de cobrar las sumas pagadas, comprometiéndose, sin embargo, á restituir las más adelante á sus soldados ó á sus oficiales. El rescate de Montmorency fué, como luego veremos, una de las causas del tratado de Cateau-Cambresis.

Hay una porción de documentos relativos al precio que comúnmente se pagaba como rescate: un hombre de armas gentilhomme había de dar de 50 á 100 escudos; pero cuando se trataba de un personaje conocido como rico, se le exigían á menudo hasta 200 y 400 escudos. Para los grandes señores no había límites; se contaba por 50.000 y 60.000 libras.

gunas inquietudes y Marillac recibió el encargo de influir cerca de la Dieta, no habiéndole costado gran trabajo atraérsela de nuevo, porque en realidad Alemania no estaba en condiciones de poder emprender una acción ofensiva de ninguna clase. Los asuntos de Navarra fueron también arreglados por preterición, como los de Metz, pues el cardenal de Lorena hizo saber confidencialmente que no se insistiría sobre este particular.

La misma restitución de la Saboya y del Piamonte fué muy de prisa aceptada por los embajadores de Enrique II, á condición de que Margarita, hija de Francisco I, se casaría con Manuel Filiberto: los términos de esta combinación estaban ya indicados en una nota que aquéllos remitieron en octubre.

Al tratarse de Calais fué cuando estallaron más vi-



Medalla con el retrato de María Tudor

vamente las divergencias. El día 2 de diciembre Granvela escribía que los franceses no seguían el camino de la paz y que su conducta para con los ingleses era «irracional.» La muerte de María Tudor, acaecida en 17 de noviembre, y el advenimiento de Isabel favorecieron las pretensiones de los plenipotenciarios, y, como decía Granvela, «los proyectos siniestros respecto del reino de Inglaterra.» Por otra parte, Felipe II estaba muy poco dispuesto á apoyar las reivindicaciones británicas: «He de decirlo, escribía á Granvela en febrero de 1559, que me es de todo punto imposible continuar la guerra; he gastado ya un millón doscientos mil ducados que he sacado de España, y necesito otro millón de aquí al mes de marzo próximo... La situación me parece de tal manera grave, que he de llegar á un arreglo. Que de ningún modo se rompan las negociaciones entabladas.»

Granvela, aunque fingía apoyar á los ingleses, se desentendía de la cuestión, y después de decir que «los franceses son mejores abogados de las malas causas que los ingleses defensores de la suya buena,» añadía: «Si encuentran un medio de ponerse de acuerdo entre sí (ingleses y franceses), seguirán el camino que ha de conducirles á lo que nosotros deseamos, que es la paz. Si los franceses abandonan Calais, tanto mejor; si los mismos ingleses, sin nuestra persuasión, lo abandonan también, será lo menos mal para llegar, sea como fuere, á la dicha paz.»

Más de cinco meses de negociaciones se necesitaron para convenir los términos del acuerdo, y durante ellos los plenipotenciarios se habían trasladado de Cercamp á Cateau-Cambresis, de donde tomó su nombre el tratado definitivo firmado en 2 y 3 de abril de 1559. El gran recurso á que apeló la diplomacia fué una vez más el de los matrimonios entre príncipes; y cuando se hubo decidido que Isabel, hija de Enrique II, se casaría con Felipe II, y Margarita, hija de Francisco I, con Manuel Filiberto, la actitud de los diplomáticos españoles fué mucho menos áspera y altanera.

Francia restituía ó renunciaba á reivindicar: al Sur, la Saboya, el Piamonte, el Bugey, la Bresse, el Montferrato, Córcega y el Milanesado; y al Norte, Marienburgo, Thionville, Damvillers y Montmedy. A este precio conservaba, aunque sólo en prenda, Turín, Chieri, Pignerol, Chivasso y Villeneuve d'Asti; recobraba San Quintín, Ham, el Catelet y Therouanne, y conservaba Calais por un período de ocho años, transcurridos los cuales debía devolver la ciudad ó pagar quinientos mil escudos. Respecto de Metz, de Toul y de Verdún, nada se decía en el tratado por no haber intervenido en él el Imperio.

Quizás ningún documento diplomático ha promovido mayores controversias que el tratado de Cateau-Cambresis. En distintas ocasiones se han citado el párrafo de Monluc y el de Brantome: «En una hora y de una plumada, fué preciso restituirlo todo y manchar y ennegrecer con tres ó cuatro gotas de tinta nuestras hermosas victorias pasadas.»

De todas las protestas que en Francia se formularon contra el tratado, la más enérgica, quizás, fué la del mariscal de Brissac, gobernador del Piamonte, quien, á fines de mayo todavía, se negaba casi á ejecutarlo. «El rey es el amo, le escribía Montmorency, y lo mejor que podéis hacer... es no diferir ni disimular aquello que habéis de hacer para obedecer y satisfacer á lo que os ordena, porque... en ello va la reputación del dicho señor.» Brissac no se resignó hasta el último extremo. También en el extranjero la impresión fué mala: Marillac escribía desde Alemania, que estaban «muy pasmados» del tratado y solicitaba su revocación; y en Roma produjo éste gran descontento, por otra parte poco justificado, puesto que el papa había apoyado muy mal á Francia.

Para discutir rectamente el asunto, es preciso distinguir el papel que los embajadores franceses representaron y el tratado en sí mismo. Los representantes de Enrique II se entendían mal unos con otros y una vez más los asuntos generales estuvieron á merced de la rivalidad entre Montmorency y los Guisa. Francisco y el cardenal de Lorena estaban un tanto inclinados á continuar la guerra ó cuando menos querían que se tuviera á los españoles un poco más á raya; Montmorency, en cambio, se declaró desde el primer día favorable á la paz é hizo todos los pasos necesarios para conseguirla, cosa que mereció enérgicas censuras.

Es cierto que su condición de prisionero de los españoles le ponía á discreción de éstos y que de ellos consiguió que lo pusieran en libertad mediante el pago de doscientos mil escudos en lugar de los trescientos mil que en un principio se le habían exigido. Por otra parte, el mismo rey, llevando su afecto hasta la exage-

ración, le excitaba á entrar en negociaciones y se ponía en pugna con los Guisa, sin atreverse, empero, á manifestar abiertamente su voluntad. «Amigo mío..., os aseguro que el señor de Guisa no desea la paz y me hace ver que cuento con más medios que nunca para hacer la guerra y que nunca perderé, haciendo la guerra, tanto como entrego si llegáis á un acuerdo... (estas palabras condenan al rey y al condestable)... Haced lo que podáis á fin de que tengamos la paz y no enseñéis esta carta más que al mariscal Saint-André, quemándola luego. El personaje que en mi carta os cito ha dicho aquí á alguien que mientras dure la guerra, ni uno de vosotros saldrá jamás de la prisión, y por consiguiente pensad en ello como cosa que os interesa.» Diana no se quedaba atrás: «Tengo esperanza de que traeréis esta felicidad de que tendremos alguna buena paz (1).»

Por otra parte, el condestable, poco acostumbrado á la contradicción é irritado por los rumores que acerca de él circulaban, fué inconsecuente en sus ideas, mostrándose de pronto exigente en extremo é irascible sin ton ni son; de tal manera que, después de haberle acusado de presentarse demasiado dispuesto á la paz, se le acusaba de poner á ella sobrados obstáculos. Estos cambios de opinión eran causa de que la diplomacia francesa fuese bastante incoherente. Los Guisa, á su vez, contrarrestaron en más de una ocasión los esfuerzos de sus colegas; por ejemplo, cuando el cardenal de Lorena ponía en conocimiento del duque de Alba que no se insistiría sobre los derechos de los Albrét á la Navarra. El único punto en que los embajadores se mantuvieron inflexibles fué el de la restitución de Calais, que ni por un momento consintieron en que fuese discutido.

Pero ¿era necesario negociar un tratado? ¿Era ventajoso ó deplorable el tratado en sí mismo, prescindiendo de las incoherencias de la diplomacia? Hay que reconocer que la opinión pública pedía la paz (los Estados convocados en 1558 habían pedido al rey que la firmara); que el país había hecho grandes sacrificios; que la situación financiera era difícil; que el ejército había sido en gran parte desorganizado por la derrota de San Quintín; y que en vísperas de la inauguración de las conferencias, de Termes había sido nuevamente vencido en Gravelines. Finalmente, era de algún interés para Francia que los más ilustres señores del reino y el jefe reconocido del gobierno no estuvieran lejos de ella y en estado de cautiverio.

Sin embargo, Felipe II se hallaba en una situación tan difícil, por lo menos, como su adversario: carecía de dinero, se declaraba incapaz de proseguir la lucha, había de preocuparse en restablecer el orden en sus Estados de España; estaba convencido de la necesidad de vigilar á los Países Bajos, y además era poco belicoso. De todo esto hubiera podido sacarse partido, pero los plenipotenciarios franceses no tuvieron bastante en cuenta tales circunstancias. Lo que resulta especialmente es que hicieron toda suerte de concesiones á Felipe II, y sólo en otras partes, en perjuicio de Inglaterra y de Alemania, hallaron las compensaciones de los sacrificios que en pro del monarca español consin-

(1) *Lettres inédites de Diane de Poitiers*, pág. 155. De Ruble en el *Traité de Cateau-Cambresis*, ha abreviado el pasaje de la carta, con lo que resulta algo modificado el sentido de la misma.

tion. Precisamente por esta razón pudieran, quizás, haberse mostrado con él algo más exigentes.

En cuanto al tratado, considerado en sí mismo, ofrecía la ventaja de darnos Metz, Toul, Verdún y Calais, adquisiciones preciosas, sin duda alguna, y de restituirnos algunas plazas del Nordeste que habíamos perdido en el transcurso de la guerra. En lo de obligarnos á renunciar formalmente á Italia, más bien favorecía nuestros verdaderos intereses; pero el gran defecto, casi irremediable, del contrato estaba en el abandono, si no del Piamonte, por lo menos de la Saboya, de la Bresse y del Bugey, pérdida que apenas compensaban las conquistas realizadas en el Norte y que retrasó más de un siglo la anexión del Franco Condado.

Por último, es preciso hacer constar que primero en Marcoing, luego en Cercamp y finalmente en Cateau-Cambresis, tratóse directa é indirectamente de la hipótesis de una alianza entre España y Francia contra la herejía. Es esta una cuestión gravísima de la que nos ocuparemos más adelante.

Conclusión. La política de Francia

Con el año de 1559 termina un período de la política internacional francesa.

Desde 1494, los reyes de Francia habían emprendido en Italia conquistas cuyo objeto principal era la posesión del reino de Nápoles y del Milanesado; y como tropezaron con las pretensiones rivales de los príncipes austriacos y españoles, surgió una larga lucha que, hasta 1518, estuvo circunscrita casi á aquella península.

Cuando Carlos V hubo heredado los Estados austriacos y españoles y obtenido después el imperio, en 1519, halláronse reunidas en una sola mano las fuerzas de las dos casas soberanas que desde hacía treinta y cinco años venían siendo las enemigas más encarnizadas de Francia, con lo que la política de éstas iba á tener mayor unidad en lo sucesivo. Además, los Estados de Carlos casi cercaban á Francia por completo, y esta sola circunstancia hacía que fuera para ella una amenaza aquel monarca, tanto más cuanto que por el hecho de poseer éste la herencia de Carlos el Temerario reavivaba la contienda de Borgoña. Finalmente, el nuevo é inmenso Estado naciente parecía asegurar á su dueño una preponderancia que los reyes franceses no podían aceptar. Entonces comenzó entre Francia y Austria la lucha que había de durar tanto tiempo y que, con frecuencia, pareció simple prolongación de los sucesos que se habían desarrollado hasta 1518, gracias á las persistentes pretensiones de Francisco I al Milanesado y al reino de Nápoles y á la atracción casi irresistible que Italia ejercía sobre los franceses. Sin embargo, la diferencia entre aquella lucha y estos sucesos era, en realidad, grande: ahora, los dos adversarios se combatían en Italia porque se combatían en Europa, al paso que antes se combatían en Europa porque se combatían en Italia.

Todos los esfuerzos y toda la sangre gastados en Italia fueron estériles para Francia, puesto que perdió primeramente el reino de Nápoles, después el Milanesado y por fin hasta el Piamonte y la Saboya, en los que, en último término, había cifrado sus ambiciones; y las pocas plazas que le dejaron allende los Alpes, en 1559,

eran para ella únicamente una satisfacción de amor propio. Su clientela en la península habíase substraído definitivamente á su influencia: Venecia era neutral; Cosme de Médicis, antifrancés; los papas se mostraban siempre indecisos; y los pequeños príncipes del centro estaban aniquilados ó habían desaparecido. Directa ó indirectamente Italia se había hecho española.

En la frontera del Norte y del Este, es decir, allí donde Francisco I y Enrique II habían siempre obrado con indecisión ó indiferencia, fué donde se lograron resultados ventajosos para el reino. La cuestión de Borgoña quedaba definitivamente terminada y las conquistas de Luis XI definitivamente adquiridas. El reino se ensanchaba por la posesión de los Tres Obispos y por la readquisición de Calais; la Francia no sólo estaba intacta, sino que además se había extendido hacia sus fronteras naturales. Este fué el gran resultado de aquel período, y lo curioso es que sólo incidentalmente lo alcanzara.

Los reyes de Francia fueron soberanos muy mediocres en la política y en la guerra. Después de Carlos VIII y de Luis XII, que inconsideradamente lanzaron á la Francia en Italia y que se portaron con una torpeza que en el uno puede calificarse de pueril y de senil en el otro, Francisco I se empeñó en la reconquista del Milanesado, y Enrique II dió nuevas alas á la quimera de las expediciones napolitanas.

Carlos VIII y Luis XII habían demostrado toda su inexperience en las combinaciones diplomáticas; Francisco I, con más exacto criterio acerca de las necesidades prácticas, careció de consecuencia (1), no supo sacar provecho de Italia, despreció demasiado á los príncipes italianos y quiso exigiárselo todo sin hacer por ellos nada. Recuérdese su conducta entre 1526 y 1530, cuyas consecuencias fueron irremediables. Y el mismo sistema siguió con Inglaterra y con Alemania, pues sea por efecto de su habitual inconstancia, sea porque en sus relaciones con las potencias cismáticas ó herejes le estorbara su condición de rey católico, es lo cierto que dejó ver harto claramente que sólo pensaba en servirse de ellas. Respecto de la inteligencia con los turcos, que tanto han encomiado los historiadores y que tan frecuentemente fué censurada por la mayoría de los contemporáneos, era todavía más embarazosa para él, no debiendo sorprendernos que hubiese habido, más bien que verdadera alianza, coincidencia é identidad de intereses. Lo que tal vez merezca ser particularmente censurado en Francisco I es la incertidumbre de su política á partir de 1530, ya que vaciló continuamente entre una reconciliación con el emperador y una lucha resuelta contra él.

En cuanto á Enrique II, no se comprende bien lo que quiso. Ciertamente tuvo la feliz inspiración de la «campana de Austrasia»; pero, ¿podemos encontrar en ella algo más que una veleidad, desde el momento en que apenas la impulsa luego y en que piensa nuevamente en la guerra de Nápoles?

No estuvieron mejor dirigidas las operaciones militares. Si recordamos la mayor parte de las campañas de Italia, durante los reinados de Luis XII y Francisco I; las deplorables operaciones de 1553 y 1554 en el

(1) Véase anteriormente, págs. 289-295, 298-303, 314-316.

Nordeste de Francia ó las que prepararon y siguieron al desastre de San Quintín, veremos que lo que en todas ellas predomina es la incoherencia: algunas acciones brillantes como Marignán, la defensa de Mezieres, la de Provenza, la de Metz, la toma de Calais; actos hermosos y en gran número de noble heroísmo francés; pero nada de concepciones militares, ordenadas, dirigidas por una voluntad.

Los reyes no supieron encontrar hombres de mérito; sin contar con los ministros de ocasión, como los de Vesc, los Duprat y los Annebaut, Jorge de Amboise, que desde 1498 á 1510 dirigió todo el gobierno, fué un mediocre hombre de Estado; y Montmorency, que desempeñó igual papel desde 1530 á 1540 y desde 1547 á 1559, fué un hombre de Estado insuficiente. ¡Y qué decir de aquellos caudillos de ejército que se llamaron Lautrec, Bonivet y Montmorency, éste sobre todo en sus años seniles! Francia no conoció en aquella época más que dos grandes militares: Gastón de Foix y Francisco de Guisa; pero el primero sólo pudo prestar sus servicios cuatro meses y el segundo más parecía que combatía por su propia cuenta que por la del rey.

En realidad, el reino se sostuvo y se engrandeció en aquella época gracias á la clase media: á los gestiles-hombres heroicos, jefes ú hombres de armas de las compañías de ordenanza que derramaban su sangre en todos los campos de batalla; á los admirables diplomáticos salidos del clero, de la nobleza ó de la alta burguesía, que hasta en los más apartados lugares de Europa, y no sin peligro algunas veces, estuvieron lealmente al servicio de una política cuyas debilidades veían y cohonestaban, y á los burgueses que sirvieron á la monarquía en la magistratura ó en los empleos ci-

viles, ó la ayudaron con su bolsa y que diseminados por las municipalidades, formaron como el cuerpo sólido y consistente de la nación. En esta clase es en donde hay que buscar no grandes hombres, ya que para serlo les faltó la ocasión suprema, pero sí hombres valerosos y abnegados.

La fecha de 1559 señala el fin de una era. Las condiciones de la política internacional van á transformarse; mejor dicho, no hay ya política internacional en el sentido estricto de la palabra, puesto que los intereses se subordinan á las pasiones y lo que divide á las naciones y á los hombres son las divergencias religiosas. En efecto, el protestantismo, en su doble forma luterana y calvinista, se ha propagado y organizado en Francia y en toda Europa y cuenta con adeptos convencidos, resueltos á defenderse, dispuestos á tomar la ofensiva. Al mismo tiempo, el concilio de Trento reconstituye el catolicismo y se forma un gran partido católico, cuya fe se reaviva por el miedo y el horror que inspiran las herejías.

Cuestión italiana, cuestión española, cuestión alemana, cuestión navarra, todo esto queda relegado á segundo término; parece que las individualidades nacionales se atenúan, que la religión borra el patriotismo: ser correligionario, casi es ser compatriota.

Y en aquel momento desaparece Carlos V y mueren Enrique II y María Tudor, con lo que la causa de la ortodoxia estará representada por Felipe II y la de la Reforma por Isabel: entre ambos se dividirá Europa durante cerca de cuarenta años.

Por lo que toca á Francia, tendrá reyes menores de edad ó incapaces de gobernarla y caerá en manos de los partidos; su historia monárquica y casi también su historia nacional quedarán en suspenso.



Moneda de Enrique II de Francia

LIBRO NOVENO

EL CALVINISMO FRANCÉS (1)

CAPITULO PRIMERO

EXPANSIÓN DE LAS DOCTRINAS CALVINISTAS EN FRANCIA (2)

I. Calvino y papel que representó. — II. Expansión de la Reforma. — III. Papel desempeñado por el clero católico. — IV. Legislación y policía antiprottestantes. — V. Los calvinistas y el martirio.

I.— Calvino y papel que representó

La Reforma francesa transfórmase de nuevo en la segunda mitad del siglo XVI, convirtiéndose en el calvinismo. Después de Lefevre de Etaples y de Lutero, Calvino es quien la inspira y dirige.

Por otra parte, el considerable desarrollo del protestantismo promueve cuestiones que tanto tienen de políticas como de religiosas, gracias á lo cual el rey se ve obligado á tomar á su cargo la represión, al paso que durante mucho tiempo la lucha había sido sostenida principalmente por la Sorbona y por el Parlamento. El protestantismo llega á ser cuestión de Estado y de gobierno.

Calvino, á instancias de Farel, había fijado en 1536 su residencia en Ginebra (3), ciudad que, cuando él

llegó á ella; hacía un año que se había hecho independiente de los duques de Saboya y adherido á la Reforma. Calvino precisó la doctrina y le dió algo de su vigorosa personalidad, consiguiendo que, desde fines de 1536 y comienzos de 1537, la mayoría de los ginebrinos aceptara todo lo esencial de la disciplina calvinista, cuyo rigor excitó una oposición vivísima y dió lugar á que se formaran en la ciudad dos partidos, el de los libertinos (hombres de libertad), que querían la tolerancia, y el de los calvinistas puros, que pretendían imponer la unidad de la fe. Venció de momento el primero y Calvino fué desterrado en 23 de abril de 1538; pero tres años después, en 1541, llamaronle de nuevo los ginebrinos y fué hasta su muerte, acaecida en 1564, el verdadero dueño de Ginebra. En 1553 hizo ejecutar á Servet por delito de herejía, dando con ello una prueba trágica de que los reformados no eran más tolerantes que los católicos y de que, de haber sido ellos los más fuertes en Francia, habrían encendido, sin duda alguna, en ella sus hogueras; y cuando los libertinos, exasperados por la severa tiranía del consistorio y de los pastores, trataron de sublevarse en 1555, reprimió su tentativa de un modo tan terrible, que toda resistencia para el porvenir quedó desde entonces aniquilada.

La originalidad de Calvino estriba en haber, á la vez, constituido el dogma, la liturgia y la moral del calvinismo (4), y creado instituciones políticas y sociales en armonía con la doctrina, fundando de esta suerte una religión y un estado. Las ideas directoras de este régimen habían sido formuladas en la «Confesión de la Fe que todos los ciudadanos y habitantes de Ginebra y súbditos del país han de jurar cumplir y conservar, sacada de la Instrucción en uso en la Iglesia de dicha ciudad» (confesión redactada y votada en 1536-1537), y en el catecismo «Instrucción y confesión de Fe en uso en la Iglesia de Ginebra,» publicado en 1537, modificado en 1541 y fijado definitivamente en la edición latina del año 1545 (5).

Calvino proclamaba que el fundamento de toda creencia es la palabra divina revelada por las Sagradas Escrituras, y enseñaba el poder absoluto de Dios y la caída y degeneración original del hombre, quien sólo

(1) FUENTES. De Beze, *Histoire ecclésiastique des églises réformées au royaume de France*, ed. Baum y Cunitz, 1863-1869, tomo I. Crespin, *Histoire des martyrs, persecutés et mis à mort pour la vérité de l'Évangile*, ed. de 1619. Du Boulay, *Historia universitatis parisiensis*, tomo VI. D'Argentré, *Collectio Judiciorum de novis erroribus*, tomos I y II, 1724-1728. Jourdain, *Index chronologicus Chartarum pertinentium ad historiam universitatis*, 1862. Florimundo de Roemond, *Histoire de la naissance, progrès et décadence de l'hérésie de ce siècle*, 1610. *Corpus reformatorum: Joannis Calvini opera qua supersunt omnia* (Ed. G. Baum, Cunitz y Reuss). Las cartas de Calvino están en los volúmenes X á XX. Bonnet, *Lettres de Jean Calvin, Lettres françaises*, 2 vol. 1854.

OBRAS DE CONSULTA. Haag, *La France protestante*, 8 vol. (nueva edición revisada por H. Bordier, 1877-1892). Lichtenberger, *Encyclopédie des sciences religieuses*, 13 vol., 1877-1882. Doumergue, *Jean Calvin, les hommes et les choses de son temps*, tomos I y II, 1899-1903. Em. Faguet, *Le Seizième siècle, Etudes littéraires*, 1894. — «Bulletin historique et littéraire de la Société de l'histoire du protestantisme français,» dirigido por M. Weiss. Nos referimos á lo que hemos dicho en la pág. 235, acerca de la bibliografía y del valor respectivo de las literaturas históricas protestante y católica.

(2) FUENTES. Weiss, *La Chambre ardente, étude sur la liberté de conscience en France, sous François I et Henri II, 1540-1550* (Documentos é introducción), 1889.

(3) Respecto de Calvino en Ginebra, CONSÚLTENSE: Roget, *L'Eglise et l'Etat à Genève depuis la réforme jusqu'à l'escalade* (los cinco primeros volúmenes), 1870-1878. Kampschulte, *Johann Calvin, Seine Kirche, sein Staat in Genf*, 1869-1899. F. Buisson, *Sébastien Castellion* (tesis de la Facultad de París).

(4) Los textos de la confesión de fe y del catecismo de 1545 se encuentran en K. Müller, *Die Bekenntnisschriften der reformierten Kirche*, 1903. El primer catecismo de 1537 ha sido reimpresso en 1878 por Rilliet y Dufour.

(5) *Catechismus ecclesiae genevensis hoc est formula erudiendi pueros in doctrina Christi. Authore Joan. Calvino* (Catecismo de la Iglesia de Ginebra, es decir, modo de instruir á los niños en la doctrina de Cristo. Autor, Juan Calvino).